

das las antiguas jerarquías. Solamente podrán ser oficiales aquellos que tengan cuatro cuarteles de nobleza, y generales aquellos que puedan subir en las carrozas del Rey. Naturalmente, para sostener esta magia no había más que pedir mucho dinero prestado á fabulosos intereses y con rápidas amortizaciones. Pero en el fondo de toda esta manipulación gigantesca se encontraba una serie de juegos prohibidos y otra serie de estafas escandalosas, dignas á la verdad de proporcionar á sus autores el premio de un grillete. Empréstitos futuros, ventas simuladas, operaciones criminales: todo servía para oirse llamar en los salones dorados y en los jardines umbrosos un genio extraordinario por los que le rodeaban y le bendecían, allí donde no podía llegar el mugido de las cóleras que se iban amontonando en todas las almas y que engendraban la más terrible venganza. Dos mil millones de empréstitos en tres años de paz. Desde mediados del siglo á los días estos se aumentan los gastos en más de seiscientos millones de reales. En cuanto se van Turgot y Necker, el Rey vuelve á la antigua costumbre de sacar dinero de las arcas reales sin contarle y de colocar á los favoritos de su familia donde les place, dotándolos con sueldos escandalosos. Se crean dos administraciones generales de Correos para entregar una á esa funestísima familia de Polignac, que percibe con tan plausible motivo ocho millones de renta. El año 83 entregaba en pagarés contra el Tesoro una cantidad apenas creíble; el 84, mayor cantidad todavía. De los dos mil millones de reales á que sube el presupuesto, sólo deja ciento setenta para los gastos públicos. Todo lo demás se lo come el Rey. Y luego la Reina que se fastidia en todos los sitios reales, compra Rambouillet, ochenta millones de reales, y Saint-Cloud, que le cuesta ochenta y cuatro. ¡Qué vida si durara! Pero á los pocos años Calonne ya no podía más; Calonne se encontraba con que se comía el déficit, como un cáncer gangrenoso, todo el Erario. Precisábase volver sobre sus pasos y recurrir á los mismos principios y á los mismos procedimientos, tan criticados en sus antecesores. Y para que la responsabilidad no fuera solamente del Rey, debía crearse una institución que, sin ser el petrificado Parlamento antiguo, tuviera aire de representar la nación moderna. Entonces se inventó aquella máquina que se llamaba la Asamblea de Notables, nombrada á capricho del Rey. En tiempo de Turgot se había reunido el Parlamento, en tiempo de Necker los Estados provinciales; ahora iba á reunirse, en tiempo de Calonne, la última de las ficciones, la Asamblea de Notables.

En 1787, allá por el 22 de Febrero, en días lluviosos y fríos se congrega. Ciento treinta y siete personajes llegan á una de las salas de Versalles como domésticos del Rey, como cortesanos de su corte. A estos altísimos señores hay que añadir siete príncipes de la sangre real parte integrante de la real familia. Todos estos señores, incluso aquellos que, como los revolucionarios duques de Orleans, quieren representar lo porvenir, huelen á lo pasado. Lo porvenir está en cierto Titán que todavía no ha sacado de la fragua de su pecho el resuello con que va á hacer retremblar las antiguas instituciones, y que llaman el

conde de Mirabeau, seguido de un cojo que había de ser un cojuelo, el bueno de Talleyrand. Aspira á secretario de aquella Asamblea de lo pasado el que iba á ser Júpiter de las Asambleas de lo futuro. La Providencia no quiere disminuir tanto á quien guardaba para fines tan altos, y una amenaza de encarcelamiento preserva de esta sombra su gloria y lo lanza tristemente á un destierro, de donde lo traerá la ronca tempestad. El discurso de Calonne, discurso verdadero de apertura, porque las palabras del Rey se reducían á puras fórmulas, en frases muy académicas encerraba ideas muy desconsoladoras: la tardía revelación del enorme déficit y la urgente necesidad de acudir al remedio cortando los abusos y repartiendo con mayor equidad los impuestos, hasta establecer el pago indispensable de un tributo por la nobleza bajo el nombre de subvención territorial. Se necesitaba todo esto, y acuden á la aristocracia y al clero. Para cortar abusos reúnen los abusos. Para repartir bien los impuestos, consultan á quien no quería pagar ninguno. Entonces nació una caricatura de mucha significación y mucho chiste. Un cocinero consultaba á varios pavos en qué salsa querían ser comidos. «En ninguna», contestaban unánimemente. Tal negativa apareció como una revelación cuando debía de antemano haberse adivinado por la más vulgar previsión. Convocó en Asamblea de notables á los que lo eran, pertenecientes á la corte, á la aristocracia, al clero, á los que gustaban percibir pechos, pero no pechar. Entonces todo se vuelven quejas, clamores, indignaciones por el déficit enorme, estallando en los labios de aquellos que lo habían causado con sus demandas y habían sido en toda acasión objeto preferente de las reales larguezas. En vez de echarse la culpa ellos á sí mismos, buscaban la víctima propiciatoria y la encuentran á mano en el ministro reinante, hablándole en sus barbas de información parlamentaria y de responsabilidad criminal, como si fuera un ministro caído. Pero estos hombres tan avisados tienen siempre á quien echar la culpa de sus propias faltas, y Calonne acusa á su antecesor, al popularísimo Necker. No era hombre éste de aguantar tales imputaciones, y publica una acusación terrible contra su acusador, acusación digna de su carácter calvinista y de su orgullo ginebrino. Era la primera sección presidida por el conde de Provenza, y en la cual todas las otras secciones tienen representantes, de pie cuando todos están sentados, como un reo ante sus fiscales y jueces, Calonne, tan ducho en las acechanzas cortesanas y tan experto en los combates parlamentarios; acostumbrado á las sonrisas de la encantadora Reina y á los halagos de las princesas y al incienso de los cortesanos redimidos; con agua de rosa en vez de sal ática, con besamanos en vez de argumentos, con genuflexiones en vez de respuestas por todo bagaje y todo hábito, tiene que contestar á las reticencias, á las argumentaciones, las diatribas, á las preguntas maliciosas, á los discursos pérfidos, á las catilinarias de tantos como pretenden ajustarle las cuentas y hacerle pagar caros sus grandes desengaños. El cortesano Besenval que gozaba de muchas pensiones y que en tiempo de Turgot temía todas las noches acostarse rico y levantarse pobre á la mañana siguiente, por

culpa de cualquiera de estas reformas, dice que el ministro se superó á sí mismo, contes-
tando á una brutalidad con una gracia y á los argumentos dirigidos al pecho con quites
admirables y á las lucubraciones con cifras; dueño de sí mismo como en la corte, ileso en
medio del fuego graneado, soterrando á sus enemigos con tal arte que se veían obligados á
volverse sonrientes y darle de grado las más expresivas gracias. Pero Besenval es un cor-
tesano á quien Calonne había asegurado sus pensiones amenazadas y no hay que creer á
un palaciego harto y repleto. Lo cierto es que había allí un prelado ateo, amigo de la Rei-
na, el cual pretendió asentarse en la silla metropolitana de París, llamado Lomenie de
Brienne. Cuando la Reina lo presentaba al Rey para tan alto cargo, el Rey respondía:
«Convendría, señora, que para ser de París arzobispo, á lo menos creyera en Dios.» Ver-
daderamente á tal hora no había para qué exigirle ninguna profesión de fe; para ser mi-
nistro de Hacienda, bien necesitaba creer en el diablo. Lo cierto es que después de estas
tempestuosas sesiones, Calonne se paseaba silencioso y á largos pasos por su cámara pi-
diéndole á todo el mundo que le diera consejos. La generalidad callaba; pero alguno de
sus consultores le solía decir que echara á sus compañeros de gabinete y que los hiciera
á ellos ministros, pues siempre esta mísera humanidad ha sido lo mismo.

No hay medio: á oposición tan fuerte no puede resistir ministro tan débil. Las cejas
que se fruncían allá en el olimpo de los notables, engendraban tempestades allá en los
hondos abismos del pueblo. La sátira, la caricatura, la hoja suelta se vengaban terrible-
mente del ministro que había dicho: «todo para la corte; nada para el pueblo.» Los reuni-
dos por su capricho y bajo su advocación convinieron unánimes en que aceptaban sus
ideas y rechazaban su persona. Puesto que no había otra salida, tragaban la medicina y
despedían al médico. Al cabo, esta medicina se reducía á recetas tomadas de Necker y de
Turgot, tantas veces desatendidas por los mismos á quienes su aplicación sincera hubiera
salvado, por esa virtud que hay en las reformas pacíficas para sacar las sociedades del
triste trance de las revoluciones violentas. En verdad habían sido ingratos con el que llovió
sobre ellos en su período de mando una lluvia de oro que absorbida del empréstito expli-
caba la inmensidad del déficit. Uno de ellos, muy premiado y muy implacable, se excusa-
ba de esta manera: «Cuando todos tendían la mano, ¿qué había de hacer yo sino tender
el sombrero? El bueno de Besenval, citado por Carlyle en su originalísima *Historia de la
Revolución*, dice lo siguiente: «El lunes siguiente á Pascuas, 9 de Abril de 1787, como me
dirigiera á caballo hacia Romainville, á casa del mariscal Segur, y me encontrara en los
boulevares con un amigo, díjome que Calonne acababa de ser destituido. A los pocos
pasos encontré al duque de Orleans cabalgando á la inglesa y me confirmó la noticia.»
Lomenie fué nombrado por el mágico poder que la Reina ejercía sobre el Rey é inmedia-
tamente despidió á los notables. Como el Parlamento resistiera registrar algunos de los
edictos nuevos, sobre todo los contrarios á sus prerrogativas y á sus intereses, deste-

rró al Parlamento. En una de las secciones, en la presidida por el príncipe de Artois, el
más reaccionario de los príncipes, un caballero, Lafayette, que volvía de América con
el principado de la popularidad, y cuya frente resplandecía con el reflejo del alma de
Washington, como la luna con el reflejo de la luz del sol, pronunció estas palabras: «Es-
tados Generales, apelación al pueblo.» El Rey no tuvo más remedio que convocarlos. La
revolución estaba hecha.

Es indudable que hay en la declaración de los derechos del hombre y en el acaba-
miento de la sociedad feudal mucho de lo sucedido antes del día en que resolvió el poder
público la reunión de los Estados Generales. Así como entonces no había cuerpo en Francia
organizado, ni Asamblea de ciudadanos más ó menos fortuita, expresión del sentimiento
general que no pidiese al Rey un inmediato llamamiento al pueblo, más tarde, ya reunido
el pueblo en su Cámara Constituyente, los privilegios feudales habían cedido su puesto á
los derechos humanos antes de que tal cesión se proclamara por los poderes constituidos
y se inscribiera en la Constitución francesa. Víctima de tantas injusticias, el siervo había
sentido pasar por su faz el soplo creador de la idea nueva y se resolvía para cumplirla y
realizarla contra los castillos, considerados por él como palacios de los privilegios que le
abrumaban y calabozo de los derechos que le concediera el Criador de todos al darle la
humana vida. Cuando el rayo luminoso de un ideal espléndido penetra en las profundidades
más insondables del abismo humano, genera un movimiento que ninguna fuerza de resis-
tencia social puede contrastar, pues lo que sabía el pensador y el filósofo y el profeta por su
ciencia y por su educación, sabíalo el pueblo por sus intuiciones. Así, antes que la fórmula
del nuevo mundo social se apareciera en el Cenáculo de la Constituyente dictada por el
Espíritu Divino á los representantes del derecho humano, ya estaba inscrita en la mente
del pueblo como inspirada por una especie de revelación misteriosa cual aquella que anima
un dogma y centellea en una liturgia. El sentimiento inspiró al pueblo un culto á su derecho
tan grande que no podía menos de revelarse por un inextinguible odio al castillo feudal
cuyas piedras pesaban con inmensa pesadumbre sobre sus espaldas. En los terruños, que
cercaban aquel monumento de su infamia, se había visto pegada al surco ínfimo y hondo,
como si fuese un vegetal; en la puerta conducente á los regios salones, había tenido que
arrodillarse ante su opresor, cual si fuera este demonio del infierno un Dios del cielo; y que
prestarle todos los frutos producidos por el trabajo servil y regados con el sudor plebeyo;
de huesos pegados á sus huesos por la generación se componían las torres del homenaje
y en sangre á sus arterias chupadas se teñían los rojos mantos señoriales; en la horca
pendieron de antiguo la mujer inmolada á su capricho, mientras en el lecho perdieron su
virginidad y su honra las hermosas jóvenes, cedidas luego al marido, como desechos del
placer ajeno, maculadas en ayuntamientos de bestias; y estas infamias caían de siglo en
siglo y de familia en familia, ligadas todas por una cadena interminable y nacidas con el